

Una familia de emigrantes

Lida Librán González

Fontoria del Bierzo, perteneciente al ayuntamiento de Fabero, provincia de León, en el camino del los Ancares leoneses, es un pequeño pueblecito de la comarca del Bierzo, perdido en las montañas, poblado por campesinos pobres pero con minas de carbón de las que malviven sus pobladores.

Casas rústicas, sin lujo de ningún tipo, de piedra y madera, techadas con cubierta de pizarra, habitadas por hombres y mujeres que trabajan muy duro: los hombres en las minas y el campo y las mujeres en la casa y en el campo, con un clima muy frío, con frecuentes nevadas de las que se protegían guare-



Vista aérea de Fontoria del Bierzo

ciéndose todos en la cocina de carbón y leña, para aprovechar el calor que de ella emanaba y metían sus animales debajo de la casa para protegerlos, pues eran su mayor fortuna y no podían perder ninguno.

Las minas no siempre estaban cerca pues el carbón se iba acabando y los mineros tenían que caminar kilómetros y kilómetros para llegar a su trabajo, estar todo el día trabajando dentro de las minas mojados y con gran peligro de derrumbe en las galerías, echando a perder sus pulmones con el polvo, para ganarse honradamente una silicosis que les acompañará en muchos casos, toda la vida, provocando afecciones, enfermedades respiratorias y terminar sus días casados con un balón de oxígeno por la falta de aire.

Por la tarde, a recorrer de nuevo ese largo camino, llegar exhausto a su casa, recuperar un poco su lastimado aliento e ir a la tierrita a laborarla, pues cultivaban cereales, uvas, patatas, pastos para la alimentación del ganado etc., para garantizar el sustento pues su mísero salario de minero no alcanza para cubrir todas las necesidades de la familia. Así de rutinaria y triste era la vida de todos los habitantes del pueblo.

Mi abuelo materno no era minero. Era, además de labrador, carpintero y tenía tres hijos, dos hembras y un varón. La mayor, mi tía Carolina, había nacido en 1910 y ya desde muy temprano trabajaba ayudando a mi abuela en las

tareas de la casa, recogiendo los huevos que llevaba a quienes, teniendo un poco más de medios de vida, los podían comprar y ella, muchos años después, me contaba que los entregaba con un enorme dolor infantil por no poder comerlos, a pesar de sus enormes deseos. Además, debía pastorear los animales y sólo cuando llovía podía asistir a la escuela de lo contrario, “había que trabajar”. Por otra parte, mi abuela paterna tenía cinco hijos y una situación económica terrible. Las deudas y el hambre eran su inseparable compañía. Habían tenido que hipotecar su casa para comprar una parcela de tierra, pero sus esperanzas de poder pagar esa hipoteca y mantener la casa se hacían cada vez más pequeñas, pues la situación económica empeoraba en lugar de mejorar.



Mis padres acarreado leña.

Ya llegaban a este perdido pueblito las noticias de un pequeño “paraíso terrenal”, una tierra hermosa y caliente, una tierra amiga que recibía con cariño a todo el mundo y sobre todo la más española de las islas, por lo que sus costumbres no se alejaban mucho de las suyas. Y ¿cómo evitar el pensar en la posibilidad de ir a Cuba?, ese paraíso donde era tan fácil hacer dinero y regresar con las manos llenas y el corazón contento. Este hermoso



Mis abuelos maternos.

cuento de hadas se prendó de la mente de mi abuela que partió hacia Cuba regresando años después con algo de lo ido a buscar, lo que le permitió pagar sus deudas y recuperar su casa. Después de ese feliz regreso nació la menor de mis tías, de la que llevo el nombre por ser la más querida por mi padre. Estando mi abuela en Cuba y recibiendo la familia buenas noticias, claro, la realidad pintada color de rosa, mi tía Carolina comienza a hilvanar un sueño. Cada vez que se acostaba con el estómago no totalmente satisfecho, por no decir con hambre, cada vez que debía trabajar largas jornadas, cada vez que debía entregar los ansiosos huevos, en fin, eran muchas las necesidades que pasaba, se afincaba un poco más esa idea como única esperanza de vida. En esa época, los muchachos del pueblo, tenían otra responsabilidad, la de cuidar del ganado, pero en una zona tan agreste, con un clima tan duro, no era fácil encontrar pasto para las vacas y en la primavera se iban a “La Braña”, zona alejada, pero con pasto suficiente para alimentar sus animales. Esta zona estaba tan lejos que era imposible ir y regresar, por lo que las vacas debían permanecer semanas y semanas pastando y los jóvenes con ellas, ayudados por los perros y las hogueras que encendían de noche, cuidándolas, sobre todo de los lobos, día y noche bajo la presión de que vinieran esos agresivos animales y no sólo mataran alguna vaca sino también que agredieran a alguno de ellos, pues los lobos también estaban hambrientos y buscaban ansiosamente algo que comer. Los jóvenes se turnaban y permanecían una semana durmiendo en las cabañas, que ellos mismos construían, hasta que les llegaba el relevo y después volvían y así sucesivamente hasta que, finalmente, regresaban todos al pueblo con los animales.

Mi tía siempre recordó aquello de tal forma que muchísimos años después y ya viviendo en Cuba, aún hablaba con temor de los lobos, de sus ojos en la oscuridad, de sus aullidos y del sudor frío que la embargaba cada vez que escuchaba su llamado a la luna. Siempre se erizó cada vez que un perro aullaba

y nunca pudo alejar de lo más profundo de su ser ese temor que se convirtió en parte de ella. También, en esas largas noches velando y temblando de frío y de miedo, vino a su joven mente el pensamiento de lo hermoso que sería vivir en un país cálido, con un hermoso sol y bellas playas, en un país donde se pudiera trabajar y ganar, no sólo su sustento, sino lo necesario para cuidar de los suyos y donde, ahorrando mucho, podría un día regresar y ser una “indiana regresada de América”. ¡Cuántos sueños! ¡Cuántas esperanzas! Su joven mente creó un cuento de hadas donde ella era la feliz protagonista, la amante hija que sacaría a sus padres y hermanos de la miseria en que se encontraban. En el año 1926 nace la menor de sus hermanas, mi madre, y fue otra carga más para Carolina, además de todo lo que antes hacía. Tenía que cuidar de mi madre todo el día y esa niña tan pequeña era responsabilidad de esta otra casi niña también, que soñaba con otra vida y pensaba en el lejano paraíso del Caribe.

Por fin, ya no puede esperar más, lo prepara todo y se embarca en “El Marqués de Comillas”. Yo, una emigrante que vine para Cuba a los 8 años, que sé lo que es emigrar a un país desconocido, con formas de vivir diferentes, costumbres distintas y hasta otra manera de hablar, aunque sea el mismo idioma, no me atrevo a ponerme un momento en su lugar y tratar de reconstruir sus pensamientos para conocer cómo una muchachita, casi una niña, de sólo 16 años puede decidirse a viajar tantos y tantos días en barco, sin conocer a nadie, sin tener ni amigos ni parientes para llegar a un país desconocido, sin posibilidades de regreso, sin dinero para vivir, pero con una gran fuerza de voluntad. Sólo contaba con la ayuda de una vecina (mi abuela paterna) que la esperaba y la ayudaría.

A veces me he quedado muy tranquila, muy callada, tratando de revivir aquellos días y semanas de viaje. ¡Cuántos sueños y cuánta esperanza habitaban en aquella tierna cabecita!, ¡cuánto dolor y cuánta penuria la habían obligado a eso!, ¡qué triste destino el de la España de principios de siglo!; perder a sus hijos de esa manera, regarlos por el mundo en busca de medios de vida, en busca de una vida, pobre sí, pero honrada y sin hambre.

Al fin llegó el barco a puerto cubano y la muchachita aquella se bajó llena de esperanzas y tristeza, de remordimientos y de miedo, pero con la esperanza de comenzar una vida nueva y digna. Repito, bajó del barco y buscó a la conocida que la esperaba y no la encontró, no la veía y cada vez se sentía más desesperada, más aplastada por la realidad, hasta que comprendió que no estaba, que posiblemente no estaría y ella... ¿qué podría hacer? No tenía dinero, no conocía a nadie, estaba muy, pero que muy lejos de la ahora añorada casa de sus padres y lloró. Lloró muy intensamente, lloró sin esperanzas pensando en qué sería de ella lejos de su familia y de su país, qué camino tomaría, cómo saldría de aquel atolladero, de aquella espantosa situación. Lloró por todos

aquellos años vividos, lloró por la suerte que le había tocado, lloró por todos y cada uno de los suyos, lloró por sus padres y su tierna hermanita, por todo lo que había dejado y que ahora recibiría como el mejor regalo de los Dioses.

España ha sido un país de emigrantes, pero la causa de esto no sólo ha sido la situación económica tan desesperada de los pueblitos. Pienso que en la naturaleza del español está el valor, el valor para la lucha, el valor para enfrentar todo lo que la vida nos ponga en el camino, ese valor que ha demostrado tantas veces peleando hasta morir por una idea ha sido el segundo componente de esa emigración, pues hay que tener valor, mucho valor, para dejar lo poquísimos que se tiene, para ir a donde sin tener nada esperamos tenerlo todo. Esfuerzo, voluntad, sacrificio, trabajo y ahorro, esa ha sido la constante de la emigración española por tantas tierras del mundo.

El español ha regado con su sudor y muchas veces con sus lágrimas y hasta con su sangre medio mundo. Ha trabajado más que nadie, ha luchado a brazo partido para hacerse un lugar y en no pocos casos lo ha conseguido, a veces ha logrado una fuerte situación económica y a veces ha logrado sólo vivir, pero siempre ha sido español donde quiera que haya estado, siempre en lo más profundo de su ser y hasta su muerte, ha estado soñando con el ansiado regreso, con el volver a su tierra y con los suyos, pues nunca ha olvidado el separar parte de lo que puede conseguir para enviar a su casa y aliviar un poco la situación que dejó. Nunca, en ninguna parte del mundo, un emigrante español ha sido tildado de vago o poco trabajador y si de algo puede estar orgullosa nuestra patria es de lo laboriosos, luchadores y emprendedores que son sus hijos.

Aún está Carolina en el muelle, aún sola, aún sin saber qué hacer ni a quién recurrir, pero la suerte le ha sonreído quizás por primera vez en su vida. Dos monjas la ven y le preguntan; ella les cuenta, entre lágrimas y sollozos, su triste situación y las dulces y buenas monjitas se conmueven y le proponen llevarla con ellas. Tienen una casa con jovencitas que trabajan, luchan y aprenden, un lugar donde dormir y un plato de comida como pago a su esfuerzo y dedicación. Así, la niña acepta, ¿qué otra cosa podría hacer? Carolina va con las monjitas para el hoy “Asilo de Santovenia”, ubicado en el municipio Cerro.

Ahora su vida es otra, convive con otras muchachitas como ella y a pesar de todo se siente feliz y sigue soñando. Tiene que luchar, tiene que trabajar, tiene que aprender y un día logrará lo que quiere y podrá regresar a los suyos y ayudar a sus padres, a su pobre madre que tanto quiere y a su padre que trabaja sin descanso y nada tiene.

En esta casa, las monjitas se dedican a lavar en grandes lavadoras y planchar las ropas de los barcos que llegan a Cuba procedentes de España. Para

eso son las muchachitas, para lavar y planchar y en pago tienen casa y comida, pero eso no es todo, les enseñan a trabajar, a cocinar, a lavar, a limpiar, a planchar, a llevar una casa y además a leer y escribir. Cuando la niña ya está preparada, la llevan a una casa que necesite una muchacha para trabajar, para atender, limpiar, lavar, cocinar y las recomiendan; y ya la niña tiene un trabajo, es una criada pero tiene un sueldo, casa y comida; trabaja y sirve con dedicación y ahínco. Ese es el primer paso para lograr su meta, pero las monjitas no terminan con eso sino que van sistemáticamente a la casa a ver cómo la tratan, a comprobar si está contenta y si le gusta su trabajo. En caso de que comprueben algo o que la muchacha se queje, la recogen enseguida y la devuelven a su casa para que continúe con su trabajo de lavar y planchar hasta que surja una nueva colocación.

Muchos años después, mi tía me hablaba con mucho amor, cariño y agradecimiento de la hospitalidad de estas monjitas tan buenas y dedicadas que la atendieron hasta que ella encontró un hombre, otro emigrante español, un gallego de la provincia de Lugo, que quiso unir su vida a la de ella y marchar juntos por el empedrado camino de la vida de una familia de emigrantes. Sería injusto, y pienso que mi tía no me lo perdonaría nunca, si no reitero en estas líneas el amor con que las monjitas trataban a sus pupilas, su preocupación constante por que se sintieran bien y fueran tratadas adecuadamente en las casas donde trabajaban y el cariño con que las recibían cada vez que una de ellas perdía su trabajo o se iba por cualquier causa; además, las defendían contra viento y marea ante sus empleadores. Quiero dejar sentado, que mi abuela paterna no abandonó a su vecina, sólo que llegó muy tarde y ya ella se había ido con las monjitas. Después se encontraron y todo quedó aclarado, pero ya mi tía se quedó con las monjas.

Al fin se casa mi tía y va a vivir con su esposo a una casita muy pobre de un solo cuarto. El esposo era carpintero, al igual que su padre, y formaron un hogar muy español, con sus costumbres y sus aspiraciones, luchando mucho y trabajando: ella en la atención de la casa y él buscando el sustento. Esta pareja de emigrantes españoles, gallego él, leonesa ella, unieron sus vidas (hasta que él falleció en 1967) y las costumbres de sus antepasados. Así, eran socios de Monterroso y Antas de Ulla¹ y su quinta era “La Castellana”. Comían caldos gallegos, chorizos, tortillas, pan y patatas como acompañantes de muchos platos y participando tradicionalmente en “Un Día en Castilla”, que se celebraba todos los años en La Tropical². Como es bien conocido, el emigrante español

¹ Sociedad de Protección y Recreo de La Habana, Cuba, fundada en 1911. (N.E.).

² Cervecería cubana de los años 50 productora de la marca con el mismo nombre, confiscada y nacionalizada en los años 60 durante la revolución castrista. (N.E.).

se une para conservar su cultura y costumbres, pero no satisfecho con garantizar en sus hijos la cultura española, se une también por sus regiones y así lega a sus descendientes la de su terruño, porque como muchos dicen: “España es una nación de naciones” y en su suelo han convivido desde siempre gentes de diferentes culturas, religiones y lenguas; por eso gallegos, andaluces, asturianos, catalanes, vascos, castellanos y leoneses se unen en sociedades diferentes. Una prueba de esta división por regiones, es la construcción de los centros Gallego y Asturiano de La Habana, donde se reunían y compartían, realizando actividades recreativas y culturales, pero siempre disfrutando de su cultura y sus costumbres. Por otro lado, también se construyen los correspondientes panteones en la Necrópolis de Colón³, declarado Patrimonio de la Humanidad, pues siempre fue una preocupación para ellos tener un lugar donde reposar sus restos. Por esa razón, también construyeron clínicas y hospitales donde atenderse ellos y sus familiares. Muchos emigrantes se dedican al comercio minorista y después al mayorista; otros, poco a poco van comprando tierras; otros se dedican a comprar o fabricar casas que luego alquilarían y se establece la costumbre de traer a sus familiares de España y darles prioritariamente trabajo. Esto trajo como consecuencia, que durante el primer gobierno de Ramón Grau San Martín, se dictara la Ley de Nacionalización del Trabajo⁴. Y es que fue necesario promulgar esa ley para proteger a los trabajadores cubanos de la exclusión a que eran sometidos, por parte de muchos comerciantes españoles, pues daban trabajo sólo a los españoles, por lo que a partir de este momento, muchos tuvieron que hacerse ciudadanos cubanos para poder seguir trabajando. Esta es la causa, por la cual la mayoría de los emigrantes poseen hoy la doble ciudadanía. Si analizamos esta medida, nos podemos dar cuenta de su poder económico, pues los emigrantes alcanzaron tanta influencia en la vida económica del país, que fue necesaria la promulgación de esta ley para que los cubanos pudieran obtener trabajo en sus empresas.

Este emigrante que lo deja todo, como mi abuela, mis tías y yo lo hicimos, lo hace impulsado por la mala situación económica y las ansias de alcanzar una vida más justa, pero lleva consigo todo el amor a los suyos y a su patria y es, a veces, ese amor a los suyos el que le da el valor suficiente para dejar lo que ama y partir hacia lo desconocido. Todo esto lo aprendí de la vida. Lo

³ El cementerio Colón es uno de los cementerios más sobresalientes del mundo debido a sus valores esculturales. Actualmente se considera lugar de interés turístico y ha sido declarado Monumento Nacional de Cuba, pero no consta que haya sido declarado Patrimonio de la Humanidad como indica la autora del texto. (N.E.).

⁴ Esta Ley promulgada en noviembre de 1933, establecía la obligatoriedad de que no menos del 50% de los obreros y empleados de cualquier centro de trabajo fuesen cubanos nativos, lo que causó profunda preocupación entre los isleños no naturalizados. (N.E.).

aprendí cuando al cabo de muchos años mi hijo emigra hacia la tierra de sus abuelos en busca de lo mismo por lo que yo vine a ésta hace ya tantos años, cuando las condiciones económicas de estos dos países eran bien diferentes y veo como la emigración es algo que existirá siempre, mientras haya hombres y mujeres con el valor suficiente y existan países con tan marcado desnivel económico.

Mi tía mantenía una estrecha correspondencia con sus padres y estaba muy bien informada de todo lo que ocurría con la familia. Sólo quedó esta comunicación parcialmente interrumpida durante la Guerra Civil (éste fue uno de los acontecimientos del siglo XX que tuvo una enorme repercusión mundial tanto para España como para el mundo), pues las cartas casi no llegaban y cada vez que alguien iba al terruño o a otro cercano, ella le mandaba cosas a sus padres, hermanos y sobrinos. Siempre vivió pendiente de ellos, nunca olvidó de dónde venía y siempre guardó la secreta esperanza de regresar. Quizás ya no podía apartarse de lo que había logrado en este cálido país, que la había acogido con tanto cariño, por el cual ya sentía un secreto amor que lo equiparaba con su terruño. Pero quería ir y estar un tiempo con los suyos, ver a sus padres, a sus hermanos, a aquella niñita que dejó de meses y que ya estaba casada, ¡cómo habían pasado los años! y ¡cómo todo había cambiado! Ya no se sentía una extraña, ya era una cubana más, ya todos la querían y ella tenía su esposo y a sus vecinos; también había otra vecina del pueblo que había venido, otra tía mía, ésta por parte de padre. Su esposo tenía un café y su situación económica no era muy mala; después falleció él y ella emigró nuevamente, ahora, hacia los Estados Unidos donde falleció hace algunos años.

En el año 36 se encariña con un vecinito de 2 años, vivaracho y alegre, que había perdido a su madre en un accidente de tranvía y que vivía con su padre y otros seis hermanos. Ese niño se pasaba los días con ella y regresaba a su casa en la noche, pero un día, mi tía le dice al esposo que le gustaría quedarse con el niño y ya esa noche el niño no regresó a su casa y fue su hijo al que crió con bondad y generosidad. Años después le ayudó a criar a sus tres hijos, sus nietos.



Mi tía Carolina con sus gallinas.

Otro rasgo de ese valor sin límites del español es que vivía pobremente, trataba de ayudar a los suyos, trabajaba desde la madrugada hasta la noche en su casa, con sus gallinas, con su querido gatito “Ferruso” y era capaz de sentir amor por un niño huérfano y acogerlo bajo su tutela, criarlo y darle todo el cariño materno que no había aún depositado en nadie. Lo crió y lo hizo un hombre de bien, lo preparó para la vida facilitándole los estudios que pudo, logrando que recibiera clases de mecanografía por las noches, en el Centro Castellano de La Habana, sito en la calle Egido, en la Habana Vieja.

Pasaron los años. Este niño se hizo hombre y comenzó a trabajar y el humilde hogar siguió adelante por la lucha de sus moradores, pero siempre ella llevaba el timón y conducía su casa contra el viento y rumbo al horizonte de sus sueños.

En el año 1955 le toca la suerte; se gana un premio de la lotería y en qué piensa la emigrante que hace casi 30 años vive en Cuba; pues que puede ir a España, que puede visitar a los suyos, ver su tierra, su casa, sus raíces. Emplea parte del dinero en comprar regalos. Ella y su hijo de crianza compran lo más preciado de todo, lo que le causa una alegría sin límites, una radio de regalo para su hermano, y se embarca. Nuevamente ese largo viaje en barco; se marea, llega a puerto hecha un desastre después de tanto vómito y tanto mareo; pero todo sacrificio vale la pena ya que verá a los suyos, podrá besar a su madre, podrá demostrarle a su padre lo mucho que lo quiere a pesar de la distancia y el tiempo y llega llena de regalos para todos.



La tía Carolina con la radio para su hermano.



El hijo adoptivo de mi tía Carolina.

Vive nueve meses con ellos, ¡qué feliz fue!, ¡qué dicha indescriptible estar rodeada de los suyos, de los seres que tanto quiere y que tantos años hacía no veía! Su hermanita pequeñita, aquella bebida que ella cuidaba, estaba casada y tenía dos hijos, un varón y una delgada niña de 6 años, rubia, de ojos muy azules, un poco marimacha que se subía con los primos a los árboles en busca de nidos de pájaros, hasta que un día se cayó y hasta hoy conserva el recuerdo de este accidente mediante una marca indeleble en su muslo. Una niña muy decidida, que se la cogió para ella en cuanto la conoció, tanto, que peleaba con todas sus primas que trataran de acercarse a la tía Carolina; esa niña era yo. Yo, que en aquel momento, no podía imaginar que sería la tercera generación de emigrantes de mi familia y que aquella tía, desconocida hasta ese momento, sería mi segunda madre, la que dedicaría toda su vida a terminar de criarme, a cuidarme, educarme y quererme como una madre, transmitirme su sólida cultura leonesa, enseñarme a amar mi tierra, mis raíces, mis antepasados y ser para mis dos hijos su amante abuela y mi principal apoyo para su crianza.



Yo, Lida Librán, cuando tenía 7 años.

Hoy, muchos años después de todo esto, siento que si amo este país donde he estado casi toda mi vida y donde he creado una familia, también amo a mi patria mayor, España, y a mi terruño, León. Y ¿cómo alguien que salió con 8 años y regresó de visita por un mes, a los 34 y con un hijo de 5 puede sentir y palpitar por esta tierra, que siento tan mía como la otra? Sólo tengo una respuesta: su desvelo, su educación y sus enseñanzas. Me inculcó todo el amor que siempre ha sentido por su patria,

por sus costumbres, por esa cultura tan antigua y hermosa que hoy es una parte importante de la mía y de los míos; tan es así, que nunca renunció a su ciudadanía española, a pesar de lo mucho que aprendió a querer a este país y siempre me inculcó, con mucha pasión, el no renunciar, jamás, a mi condición de española a pesar de vivir en otro país, como un hijo adoptado que nunca renuncia al amor de sus padres. Siempre se sintió orgullosa de su patria y me enseñó a vibrar con cada triunfo de mi patria grande y a dolerme de cada revés.

Nueve meses estuvo Carolina con los suyos, nueve meses en que revivió todos y cada uno de sus primeros años, nueve meses en que disfrutó de sus padres, de sus hermanos, de sus sobrinos. Fue la madrina de uno de ellos, al que le puso Fidel, como una muestra más de lo unidos que iban esos dos amores en su alma. Pienso que es todo un simbolismo del amor que sentía por la tierra

noble que la había recibido y en la cual había creado su propia familia y el terruño que la vio nacer y al que nunca ha olvidado, del que mantiene cultura y costumbres, que no sólo nos ha legado a mí y a su hijo, sino también a nuestros hijos y cónyuges. Hoy en día, con sus 97 años, aún sigue resistiendo y luchando por la vida, a pesar de que sus fuerzas ya se van agotando.

En esa época mi padre trabajaba en las minas. Su situación económica no era nada envidiable y se esforzaba y luchaba porque mi hermano mayor tuviera estudios para que nunca bajara a una mina y disfrutara la vida que ellos nunca pudieron. Eso implicaba sacrificios, grandes sacrificios y entonces ¿qué quedaba para la hermana menor?, no sólo más pequeña sino hembra y la tradición ordenaba que los hombres a trabajar fuera y buscar el sustento mientras que las mujeres a trabajar en la casa, criar los hijos y laborar las tierritas. Para mí, nada. Sólo ayudar en lo que podía y esperar a crecer para poder ayudar más. ¿Estudios?, ¡ni pensarlo!, ¿escuela?, ¡no había posibilidad alguna! En estos momentos lo analizo y pienso ¡qué discriminación!, como si una mujer no fuera capaz de estudiar y convertirse en una eficiente profesional al igual que cualquier hombre.

Mi tía se encariña conmigo y yo no la dejo nunca, la acompaño de la mañana a la noche y ella en reciprocidad me da dulces y cariño, esas caricias que en mi casa no hay tiempo de darme pues madre y padre están muy ocupados. Un día me pregunta:

– “¿Quieres venir a Cuba conmigo?”.

Y yo, ni corta ni perezosa le digo:

– “Claro que sí, ¿cuándo nos vamos?”.

Entonces comienza la otra parte, la de convencer a la familia que debía ser yo y no otra prima y ofrecer a mis padres ventajas para mí, de las que carecería si me quedaba. La principal era hacer de mí una profesional, darme esos estudios que allí nunca podría ni soñar. Al fin aceptan. Todos de acuerdo y queda-



Fidel, el ahijado de mi tía Carolina.

mos en que ella, al regresar, ya comenzaría el papeleo para poder llevarme y yo aquí esperaba a que se hicieran los trámites necesarios. ¡Nada!, que todo eso dura más de un año y yo desesperada, como loca, esperando el día y al fin llega y marcho para Cuba a los poquísimos días de haber cumplido 9 añitos. De esos días tengo recuerdos muy fuertes como la despedida de mi familia y de toda la gente del pueblo, de mis padres y mi hermano, de cómo éste me lleva montada en la mula hasta el pueblo más cercano, Vega de Espinareda, de cuando fui con mi padre a Gijón para hacer las gestiones relacionadas con el viaje.

De este viaje hay algo que me impactó fuertemente, vi por primera vez en mi vida el mar. ¡Qué hermoso! Nunca he olvidado ese recuerdo, a pesar de haber vivido ya tantos años muy cerquita (*sic*) de él y poder verlo a diario, es imborrable, esa impresión de salir de mis montañas y ver aquella extensión de llanura interminable que se pierde a la vista. Hermosa, tremendamente hermosa, nunca se ha apartado de mi mente. Después, ya en Cuba y ya estudiando, busqué ese recuerdo y descubrí que era el Cantábrico y desde ese momento cada vez que oigo nombrar el mar Cantábrico, mi corazón me da un vuelco y veo a aquella niña, que lo desconocía todo, querer llevarse muy dentro aquella imagen maravillosa y lo logré para siempre pues nunca se ha apartado de mi corazón. En Madrid tomé helado. Sí, así con mayúsculas, nunca lo había ni oído mencionar, helado, ¡qué sabor tan delicioso!, ¡qué dulzura el sentir aquello! Pensaba que iba al paraíso, pues sin siquiera haber partido ya conocía esas cosas tan increíbles.

La despedida de mi padre fue muy triste y creo que nunca estuvo convencido de que debía enviarme a Cuba. Pienso que ese pesar lo ha llevado toda su vida y ahora mis tíos me cuentan que se ha arrepentido muchísimas veces de haber tomado esa decisión. Es una persona muy noble y sé que aunque hemos estado muchísimos años sin vernos, siempre, siempre, he estado muy presente en su corazón. Padece de una silicosis muy avanzada, le falta mucho el aire, se enferma con frecuencia y sin embargo la vida no nos ha permitido que yo lo cuide en esos momentos. Eso es algo que siempre me ha dolido, pues tenemos una unión muy especial y a pesar de haber vivido tantos años tan alejados, siempre he sido su niña querida.

Pues bien, llegó el día y mis padres le encargaron a la aeromoza⁵ que me cuidara y así fue. En el vuelo estuvo muy pendiente de mí y cada vez que lloraba me decía que no lo hiciera que ya estábamos llegando y que todo iba a gustarme mucho. Llegué al aeropuerto “José Martí” y comenzó para mí una vida aunque, si digo nueva no soy exacta, comenzó para mí otra vida, la de una “galleguita” (como muchos me dicen, ya que en Cuba se acostumbra a llamar

⁵ Azafata. (N.E.)

gallego a todo español) que venía a luchar por abrirse un camino mejor en esta tierra, que era para todos nosotros la “Tierra Prometida”.

Del viaje no tengo muchos recuerdos, aunque sí tengo grabada la despedida de mis padres, pues fue muy triste. Había llegado el momento de separarnos y sabíamos que pasarían muchos años sin volvernos a ver, pero mi mente, la mente de una niñita de 9 años, de una niña que nunca había salido de un pueblito perdido en las montañas, no podía fijar todo aquello. El avión que nunca había visto y ahora volaba en él, encerrada entre tantas personas desconocidas, yendo sola hacia un destino desconocido. Estuve todas esas horas triste, mirando las nubes por debajo del avión, el mar inmenso y pensando en mis padres, en la familia, en el ya lejano pueblo y pensando ¿cómo sería ese paraíso? Pronto tendría muchas amigas y me contarían cosas, cantaríamos, jugaríamos y yo estudiaría mucho y un día regresaría a mis padres y les daría todo lo que nunca habían tenido y así entre sueños y esperanzas llegué a Cuba.

Al bajar del avión sólo pensaba en ver a mi tía y cuando la vi corrí a sus brazos y la apreté mucho y me sentí un poco protegida aunque, en el fondo, hubiera dado algo porque aquellos brazos fueran los de mi padre. Lo primero que recuerdo es que mi tía fue a recogerme con una vecina, una negra, y yo nunca había visto ese color de piel. Vinimos en un auto de alquiler y yo vine sentada entre las dos y con mucho disimulo le tocaba la piel para ver cómo se quitaba aquella pintura que esa señora tenía untada y claro no se le cayó lo que me intrigó mucho y después aprendí que había razas y que había discriminación.

Esa noche, cuando me vi en aquella casa desconocida, analizando todo lo vivido en aquellos días y lo lejos que estaba de los míos, lloré. Lloré

mucho y muy intensamente. Me sentí desamparada, extrañé el beso de mi padre al dormir, extrañé las discusiones con mi hermano, extrañé mi humilde casita, extrañé lo que siempre consideré mi vida y mis cosas. Mi tía al verme me habló, me explicó muchas cosas, algunas de las cuales entendí y otras no y al final le prometí no volver a llorar y lo cumplí, pues jamás ella me vio llorar



Yo, Lida Librán, en Cuba a los 9 años.

y pude estar triste y deseando abrazar a mi querido padre, pero nunca más lloré.

He pasado, en todos estos años, momentos muy amargos. He extrañado mi casa y mis padres, me he sentido sola, desamparada, a veces, inclusive rechazada por mi forma de hablar y, si aquellas cositas humildes que tenía eran mías ahora, sentía que nada era mío, que todo era prestado y que en cualquier momento me lo podían quitar.

Mi vida normal comenzó enseñuida; una vecina me enseñó las primeras letras y por fin aprendí a leer y escribir; al comenzar el nuevo curso me pusieron en una escuelita del barrio, en segundo grado, y estudié y me dediqué a aprenderlo todo, pues mientras más pronto aprendiera, más pronto regresaría con un título para mis padres.

Vivía con mi tía, su esposo y su hijo adoptivo y éramos una familia de cuatro aunque ya mi tía tenía dos hijos, un varón y una hembra, y como tal siempre me trató, como una hija. Se dedicó a mí enteramente, luchó a brazo partido por darme la educación que le había prometido a su hermana. Al poco tiempo triunfa la Revolución y entonces se hizo más fácil mi posibilidad de estudiar. Me hice ingeniera y posteriormente realicé un Master en Ciencias,

de hecho, soy la única universitaria de toda mi generación de primos y primas. Me casé y seguí viviendo con ella, no regresé. Las condiciones económicas de Cuba habían cambiado mucho y si quería viajar a España, el pasaje tendrían que pagarlo mis padres y todavía aún hoy recuerdo el sacrificio para pagarlo cuando yo vine, los años que estuvieron pagando poco a poco la deuda contraída y de ninguna manera les pediría este sacrificio de nuevo. Tuve dos hijos que ella me ayudó a criar con amor y desvelos, con una entrega total y completa.

Después de muchos años, con un hijo de 4 años y a los 24 de haber partido de mi tierra vienen a Cuba mis padres. ¿Se imaginan qué momento? Ellos nunca habían salido del pueblo y sabíamos a través de las cartas que ellos estaban haciendo las gestio-



Yo con el uniforme de primaria.

nes para venir. Avisaron mediante un cable⁶ los detalles del vuelo, pero éste llegó cuando ya estaban en la casa. Ese 28 de abril (me acuerdo porque el cumpleaños de mi padre fue dos días después), por la mañana, me fui a trabajar y cuando regreso en la tarde me los encuentro en la casa. Es imposible describir mis sentimientos, sólo sé, porque después me lo dijeron, que al verlos grité, me detuve sin saber qué hacer y después corrí, los abracé y lloré por esos 24 años y aún hoy, después de tantos años, después de haber ido varias veces allá, recuerdo ese momento y me dan deseos de llorar y me vienen a la mente dos momentos de mi vida, cuando salí de Fontoria con ellos y cuando llegué a mi casa, los vi y los pude abrazar y besar después de tantísimos años.



Mis padres en su viaje a Cuba, con mi tía, mi esposo y mi hijo.

Durante una visita que realiza el Jefe del Gobierno español, Adolfo Suárez, a Cuba se firma un convenio entre ambos países autorizando a los ciudadanos españoles a pagar el importe de su pasaje a España, en moneda nacional y entonces, al fin, logro mi ansiado regreso en el año 1982, sólo que por un mes, pues ya tenía formada una familia y debía regresar. En esta oportunidad viajamos mi tía mi hijo y yo, pues mi hijo menor aún no había nacido.

En el aeropuerto de Barajas nos esperaban mis padres y mi hermano, que aunque vivía en Cáceres, había ido antes con la esposa y sus dos hijos para poder reunirnos todos en el pueblo. El encuentro con él, aunque lo esperaba, fue maravilloso, ¡cuántos besos, llanto, emoción!, ¡cuántos recuerdos volvieron de pronto después de tantos años sin vernos!, y él al ver a mi hijo dijo que tenían razón los padres, nuestros hijos parecían hermanos en lugar de primos. La realidad es que todos nos parecemos a mi padre.

La llegada al pueblo fue una gran fiesta ya que en agosto, el pueblo estaba completamente lleno. Venían a verme muchas personas y me decían:

– “¿No te acuerdas de mí?”, me decían los nombres, pero en realidad no me acordaba de ellos. Fueron muchísimos primos míos, que después supe que ellos también estaban de vacaciones en el pueblo, pues están dispersos, creo que por toda España. Viven en Valencia, Bilbao, Madrid, Cáceres, Ponferrada, Vega, Fabero, Barcelona, Zamora, Salamanca, Lugo, La Coruña, etc.

⁶ Telegrama. (N.E.)

Con ellos ha ocurrido una emigración interna, también en busca de mejores condiciones y medios de vida.

Del pueblo, aunque ya mis padres me habían contado, no lograba encajar lo que estaba viendo con lo que había dejado hacía ya más de 20 años. Los cambios eran grandiosos: agua en las casas, calles asfaltadas y con luminarias, médico que va a dar la consulta al pueblo, ómnibus que va a recoger a los niños, cocinas de gas, coches por todas partes, escuela arreglada y pintada, las casas llenas de efectos (*sic*) electrodomésticos... y ahora, con tantas comodidades y sin embargo el pueblo está prácticamente vacío, sólo viven las personas de la tercera edad pues los jóvenes se han ido para las ciudades. Creo que si hay cinco niños viviendo en todo el pueblo es mucho. ¡Qué lastima que esto este ocurriendo, que sólo en las vacaciones esté lleno! Mi pueblo, al igual que otros tantos va a desaparecer y esto me duele, me entristece.

Con este viaje, se cumplía el anhelado regreso a mis raíces, algo que tanto ha significado y aún significa para mí. Al regresar a Cuba, los recuerdos que prácticamente estaban dormidos al cabo de tantos años de lejanía volvían a estar presentes en mis pensamientos y extrañé nuevamente todo el amor y cariño que disfruté estando allá. Fue tan importante para mí este regreso a mi tierra y a los míos que, inmediatamente, comencé a hacer planes para un segundo viaje, pero debido a su alto costo, no lo logro hasta pasados tres años, haciéndolo nuevamente con mi primer hijo y ya embarazo del segundo.

A partir del regreso, de esta mi segunda visita, se ha refrescado en mi memoria mi primera niñez, he disfrutado mucho de los cuentos, historias y anécdotas referidas por mis padres, familiares y vecinos, he sentido de nuevo míos la cultura y las costumbres y que cada regreso se convierte en el inicio de los esfuerzos y gestiones necesarias para partir nuevamente. Se incrementan fuertemente los lazos familiares, ya casi olvidados, después de tantos años de ausencia, me convierto en un miembro activo de la familia al que se le cuenta y se le consulta, haciéndome esto desear constantemente nuevas y nuevas visitas, familiarizándome con viejas costumbres, modos de hablar, dichos y formas de vida, no solamente



Junto a mi tía en una actividad de los leoneses en Cuba.



Mi hijo en España junto a sus abuelos y tíos.

yo, sino que las traspaso a toda mi familia. Los viajes se siguieron repitiendo cada vez que el trabajo y las posibilidades económicas me lo permitían, siendo acompañada primeramente por mi hijo mayor y después por mi esposo.

Disfrutamos de muchos productos del Bierzo: del botillo, la ternera, la cecina, los pimientos, las peras, las manzanas reinetas, de un ciruelo en casa de mis padres, que da tantas que los gorriones nos ayudaban en su consumo, de las brevas, de la vendimia, de la recogida de las castañas y también por la carretera vimos algunos establecimientos dedicados al turismo rural.

En Cuba toda mi familia ha participado, a través de los años, en las actividades de la Colonia Leonesa de Cuba de la cual soy vicepresidenta. Celebramos el Día Internacional del Emigrante, el de la Provincia de León, el Día de la Autonomía, el Aniversario de la fundación de la sociedad, la misa por San Froilán y la Virgen del Camino, el Día de los Padres, el Día de las Madres, actividades para los niños etc., como manera de mantener vivas nuestras raíces, cultura y costumbres también en nuestros descendientes.

En el año 2002 mi hijo mayor decide emigrar. España no es la que yo dejé hace tantos años y Cuba no es la “Tierra Prometida”, las cosas se han invertido y ahora para mi hijo es la tierra de sus ascendientes la “Tierra Prometida”, el país donde puede labrarse un futuro. Se va y regresa a casa de sus abuelos, a la casa que yo dejé donde mi familia lo recibe y lo apoya como una vez mi tía me apoyó a mí; lucha muy fuerte, estudia, trabaja y se abre camino como yo lo hice antes.

Este es el camino del emigrante, forjarse, labrarse un futuro en un país que no es el suyo, asimilar su cultura sin perder la suya, amar a su nueva patria pero queriendo cada vez más la suya propia. Claro, mi hijo no fue a un país desconocido, conoció España desde que nació por lo que le contábamos mi tía y yo, sobre todo ella que se pasaba las horas hablándole de España, de sus costumbres, de sus comidas, de sus gentes, de su historia más reciente. Conoció la patria de su madre a los 5 años y fue varias veces de visita, por lo que al emigrar lo hizo a su segunda patria, la que su abuela y su madre le enseñaron a querer desde pequeño.



Autorización de Residente en Cuba de Lida Librán.

